

construcción, enfrente de la que una pobre posada albergaba hasta una docena de parroquianos que esperaban bebiendo el paso del tren.

El barón y sus compañeros bajaron del coche.

—Deje usted descansar á los caballos durante una hora,—dijo dirigiéndose á Dantenac—y espere á que volvamos.

—Mal negocio,—dijo Estagnou, compadeciendo á su primo—pero si quieres puedes largarte, aquí quedo yo.

A todo esto los tres viajeros se alejaban á través de los campos.

Siguieron un sendero que serpenteaba largo trecho y remontando bruscamente un ribazo á la derecha, se acercaron á las casas del pueblo.

La primera que encontraban en su camino era la del capitán Soubére.

En el momento en que se acercaban, el barón Isaac tuvo la alegría de ver en una ventana, entre las flores que adornaban los tiestos de marmol, regalo de Rabastoul, uno de sus buenos amigos, á Marieta Soubére en traje de casa, envuelta en un ligero peinador, peinándose descuidadamente,

Con la espalda vuelta y los brazos graciosamente arqueados sobre su cabeza, arreglaba sus hermosos cabellos dejando ver su frente mate y sus cejas admirablemente arqueadas.

Causséde lanzó un suspiro de codicia.

—¡Quién pudiera coger esa hermosa

flor!—murmuró.—Si tuviera que escoger entre esta y la otra, me vería perplejo.

—Pues la elección no es dudosa — dijo Jacobo Mosés,—la más joven es una verdadera maravilla.

El bearnés se había sentado tranquilamente en un poste, bajo un tilo que le libraba de que pudiera distinguirlo Marieta.

La joven cantaba con alegría una bonita canción.

Causséde la escuchaba con admiración y Jacobo Mosés distraidamente.

Cuando Marieta dejó de cantar, los jóvenes se volvieron.

El viejo Mosés había desaparecido.

Causséde le distinguió á lo lejos, que caminaba rápidamente hacia la iglesia.

—Vaya—pensó con estraña expresión en la mirada—sé á dónde vas, y por mi, podeis los dos, el padre y el hijo, caer por un precipicio, que seguramente no seré yo el que os detenga.

El barón Isaac seguramente no se acordaba de él.

En aquel momento llegaba á dos pasos del kiosco de tabaco.

### III

#### Benedetta.

Era el kiosco una construcción elegante, á manera de chalet, rodeado de un pequeño jardín cubierto de rosales, dalias

y plantas rústicas, que crecían con cierto encantador descuido, limitado por un extenso macizo de flores adosado á una verja detrás de la que se extendía un campo de labor.

Una pequeña marquesina de madera pintada, se adelantaba abrigando la fachada.

El barón Mosés, que había llegado silenciosamente bajo esta marquesina, se detuvo y lanzó una ardiente mirada, mirada de sátiro, al fondo del pabellón por la abierta ventana.

Muy cerca de esta ventana, aletargada por el calor del día, Benedetta, cuyos hermosos cabellos lanzaban dorados reflejos, estaba sola.

El Barón avanzó dos pasos y permaneció inmóvil en la puerta del pabellón.

La joven, por poco ruido que hizo el barón, se incorporó sobresaltada, y una oleada de sangre encendió su rostro.

—¡Usted aquí!—dijo.

Por mucho que fuera su amor propio, el barón no pudo equivocarse respecto al sentimiento que causaba su presencia.

Sin embargo, Benedetta se dominó y trató de sonreír.

Me ha sorprendido usted—dijo.—El calor que hace es extraordinario... Casi casi me estaba durmiendo...

La joven se levantó.

Su delicado talle se dibujaba admirablemente bajo la blanda armadura de su corsé cubierto únicamente por un

ligero vestido de lana de los Pirineos.

El barón la contemplaba fijamente.

—¿Qué desea usted, caballero?—murmuró Benedetta, turbada por la tenebrosa mirada que el forastero la dirigía con tanta insistencia.

El concluyó de entrar, y respondió:

—Lo sabe usted muy bien... Deseo verla y hablarla.. por última vez.

Sin indicación alguna, como hombre que se cree con derecho á todo, el barón se había apoderado de una de las tres sillas que había en la tienda.

—Veamos, hija mia,—prosiguió—¿Usted ha reflexionado?

La joven sacudió la cabeza con resignada dulzura y contestó:

—¿Para qué?

—Pues por su propio interés... mucho por su felicidad... y un poco por la mia.

—¿Y qué podré yo hacer por usted?

—¡Hay que inocente! ¿Que es lo que puede hacer?... pues todo.

—Le aseguro á usted que no comprendo sus palabras.

—¿Es que usted no me entiende ó que no me explico bien?

La joven guardó silencio.

El acercó su silla al mostrador y siguió hablando mas bajo y mas deprimida.

—Resumamos—dijo— porque esto ha de tener fin. ¿Qué edad tiene usted, veinte años?

—Dentro de dos meses cumplo diez y nueve—contestó Benedetta.

—Bien, ya no es usted una niña y puede comprenderme. Usted es pobre, yo soy rico, inmensamente rico, hasta tal punto, que nadie puede formarse idea de mi inmensa riqueza. No hay fantasía que no pueda permitirme ni capricho que yo no pueda satisfacer.

—Señor, hágame usted el favor de callar—contestó la joven:

—Si la ofendo á usted en su pudor—replicó él brutalmente—tanto peor. Al destruir su ignorancia, ¿no es por su propio interés? Hace mucho tiempo que he manifestado á usted mis deseos, y usted nunca quiere comprenderme. Pues bien, ahora lo repito por última vez. Quiero que sea usted mía, lo quiero ¡entiende usted bien! Ningun trabajo me costaría disponer de usted y estoy suplicándola. ¿Oye usted? En cambio puedo ofrecerle todo lo que una mujer ambiciosa puede desear, todo lo que atormenta su imaginación y halaga sus ensueños. En lugar de la miseria mal encubierta en que vive usted tendrá rentas inmensas, vestidos de duquesa, carruajes lujosos, un espléndido hotel, numerosos servidores...

—Gracias.

—Déjeme usted acabar... A medida que tenga usted más años irá aprendiendo, á fuerza de privaciones, que el dinero es el amo en todas partes, un rey, un verdadero dios. Con él se disfrutan todas las alegrías, se posee el placer, la libertad, se tiene el orgullo satisfecho, la tranquili-

dad asegurada. Sin él... nada. Atiéndame usted, y yo se lo prodigaré á manos llenas; podrá usted repartirlo sin medida, como una verdadera lluvia, sobre las personas que usted ame.

Una amarga sonrisa crispaba los labios de la joven.

Pensaba en su tía Julia, tan buena y tan austera; en su honradez; en su hermana Marieta; en su amigo, casi su futuro, Juan Dantenac.

—¡Ah, señor!—exclamó con indignación;—seguramente no le querrian.

—Eso se dice—replicó él;—pero se acepta. Y después de todo, ¿qué importaría lo que ellos pensasen?

Se había levantado, é inclinándose sobre el mostrador, trataba de fascinar á la joven con el fuego de sus ojos, en los que brillaba la llama lúbrica de un infame deseo.

—Y usted, ¿qué dice?—preguntó.

La hermosa rubia movió la cabeza lentamente.

—Yo pienso como ellos—contestó.—Me veo obligada á escuchar á usted; pero sus palabras me hieren. No me conoce usted al suponerme con deseos de riqueza y de lujo; me encuentro dichosa en medio de mi pobreza, rodeada de amigos que amo y de los que soy correspondida.

—¿Y qué pueden hacer por usted?

Benedetta respondió vivamente:

—No les pido más que cariño; no tengo necesidad de nada. Entre estas mon-

tañas nos contentamos con muy poco.

—¿Y nunca piensa usted abandonarlas?

—Entre ellas espero vivir y morir.

—¿Pues qué, hay algo que tanto la sujeta?

La joven sonrió con angelical dulzura.

—Es cierto,—contestó.

—¿Un amor, quizá?

—Por lo menos una antigua amistad.

—Amistad... con algún joven, sin duda.

—Sí.

—Es claro, yo pensaba bien; eso, hablando propiamente, se llama amor.

El barón Mosés permaneció un momento pensativo, pero trató de ensayar un último esfuerzo.

—De manera—dijo—que yo declaro á usted mi pasión y usted me rechaza.

—Me es forzoso decir á usted que no puedo escucharle por más tiempo.

—¿Luego no tengo nada que esperar?

—Nada.

—¡Nunca jamás he implorado á una mujer como lo estoy haciendo con usted!

—Nuestro camino es muy diferente.

Usted haría de mí una de esas desgraciadas que veo por aquí mientras dura la temporada. Mis amigos me despreciarían aun menos de lo que me despreciaría yo misma.

—Vanos prejuicios; por última vez, espero que reflexionará usted.

—Nó.

Y pronunció esta palabra con tranquila y firme seguridad.

El barón se estremecía de rabia, y sus dedos, crispados, se clavaban en la tabla del mostrador.

Aquella hija de los campos, que no podía corromper, le inspiraba por su misma resistencia una ansia de deseo más ardiente y tenaz.

Iba á insistir quizás amenazando, pero en aquel momento la llegada de una tercera persona, favoreció á la joven.

Barrousse, el herrador del pueblo, en mangas de camisa, con su pipa entre los dientes y el mandil de cuero sujeto á la cintura, se mostró en la puerta lanzando al interior de la tienda una curiosa mirada.

Benedetta respiró con libertad.

Barrouse dijo:

—Dame dos suses (1) de lo fuerte, pequeña.

Al mismo tiempo examinaba de alto á bajo al forastero que permanecía tanto tiempo en la tienda.

Su mirada parecía decir:

—He aquí un individuo que me agrada bien poco.

El barón no hablaba palabra.

Esperó pacientemente la retirada del forjador, y cuando estuvo á quince pasos prosiguió:

—Concluamos; ¿es esa la última decisión?

—Sí,—contestó la joven.

(1) Sus, moneda francesa equivalente á cinco céntimos.

—Aseguro á usted que ha de arrepentirse de ella.

—¿Por qué?

—Ya lo verá usted, adiós.

Ella se encogió de hombros y contestó con indiferencia:

—Adiós.

La voz del millonario era sorda, irritada; sus facciones expresaban un odio reconcentrado.

Iba á salir cuando tuvo que apartarse para dejar entrar á un nuevo personaje.

El que llegaba era el marqués de Causede, seguido por Jacobo Mosés.

Al primer golpe de vista el bearnés se dió cuenta de la situación.

El fruncido entrecejo del viejo barón, el rubor de Benedetta, avergonzada por las proposiciones que acababa de escuchar, le dijeron bastante.

Era claro como el agua que el millonario había fracasado en su empresa de seducción.

—¿Un paquete de cigarros, señorita?... —pidió con amabilidad.

—¿De cuales, caballero?...

—De los mejores que usted tenga... Nada hay demasiado bueno para gentes como nosotros... ¿No es verdad, barón?...

—Precisamente.

La joven entregó al bearnés un paquete de cigarros de cinco suses, que era lo mejor que se permitían, en los días de fiesta, los habitantes de aquel olvidado rincón.

En aquel momento llegaba Marieta, vivaracha y ligera; pero no venía sola, sino que llegaba del brazo con Juan Dantenac, que quitándose su gorra avanzó á saludar á Benedetta y la besó en las dos mejillas.

Desde la puerta del kiosko el barón lo comprendió todo.

El primer ocupante de aquella plaza, que él trataba de asaltar con tanto ardor, era Juan Dantenac; un guía, un pobre diablo que no tenía donde caerse muerto.

El amor de la joven resplandecía en su dulce rostro; se revelaba en el abandono con que se dejaba estrechar por el joven, y en la confianza que le demostraba.

El barón estaba lívido.

—Nos marchamos, amigo mío—dijo con tono imperioso;—traiga usted el coche hasta aquí.

Juan Dantenac giró sobre sus talones militarmente.

—Son dos tórtolos enamorados—murmuró Causédé al oído del barón;—no es posible dudarlos.

El barón no le escuchaba, y empezó á pasarse con impaciencia, mordiéndose los labios, de despecho.

Jacobo Mosés hablaba con Marieta, mirando al mismo tiempo de soslayo á su hermana.

Bien pronto se escucharon á lo lejos los cascabeles de los caballos que llegaban.

Marieta fué á colocarse bajo la marquesina.

Benedetta dejaba ver su rostro pálido y triste á través de las flores de la ventana.

—Hasta la vista, señoritas—dijo Caus-sedé, saludando á las jóvenes.

Estas se inclinaron, y Benedetta pudo escuchar la voz ronca del barón, que decía:

—Hasta la vista, no. ¡Adiós!

Los viajeros ocuparon sus sitios en el carruaje.

Se equivoca usted—dijo el bearnés, que había comprendido la intención del barón;—ya volverá por aquí.

—¡A fe mía que no!

El marqués bajó la voz.

—¿Entonces, es que es intratable?

—Fria como los hielos de la Mala-detta.

—¡Ah!—dijo Caus-sedé con sencillez—es una lástima, porque es encantadora, palabra de honor.

—Vaya, vaya, no hablemos más de ello—dijo bruscamente el banquero.

—Bueno; pero pensemos siempre—con-cluyó filosóficamente el bearnés.

Y encendiendo un cigarro, que no era seguramente de Marignac, dijo á Dante-nac, mientras le ofrecía el paquete de ci-garros de Benedetta:

—Tome usted, Juan; esto será un re-cuerdo.

El guía le dió las gracias con una son-risa y se guardó el paquetillo.

Barrousse, el forjador, volvió al kiosko apenas hubo echado á andar el carruaje, diciendo á las dos hermanas:

—Lo que es el rubio es un real mozo, y parece buen muchacho...

—Sí, y es casi paisano—contestó Ma-rieta:—es del Bearn.

—Pero los otros dos tienen una cara de bandidos, que maldita la gracia que me hacen, ¡control!

Y añadió, dirigiéndose á Benedetta, que estaba como una amapola.

—El viejo ha estado aquí un ratito ha-blando contigo. ¿Qué gruñía ese animal?

Benedetta balbuceó:

—Casi no lo sé... apenas le escuchaba.

—¿Pero de qué trataba?—preguntó Ma-rieta.

—Verdaderamente no lo podría decir... Ni yo misma me acuerdo...

El herrero hizo un gesto de descon-fianza.

—Estos ricachos—murmuró—son muy atrevidos; pero...

Y levantando el brazo, hizo el ademán de dejar caer el martillo sobre el yunque.

Tres cuartos de hora después el landó se detenía delante de la verja del hotel Mosés.

El normando esperaba á su dueño.

El barón entró precipitadamente, di-ciendo esta sola palabra:

—¡Ven!